

que *nada halla* en el acusado que lo haga digno de *condenacion*, y le entrega con indiferencia á la multitud para que le sirva de juguete, y de allí á poco de víctima ¹.

Esta escena tan grandiosa en su sencillez como todo lo que contiene el Evangelio, pinta mejor que los mas largos discursos ese desfallecimiento mortal, esa especie de muerte intelectual en que caen los hombres y los pueblos cuando dejando de ser engañados por las ilusiones del error, se niegan obstinadamente á ceder á la conviccion de la verdad. « Tal es, clamaba pocos años ha un orador elocuente, tal es el dia de hoy la profunda llaga de la Iglesia; ó para servirnos de la expresion de los Libros Santos, su llaga desesperada; *desperata est plaga ejus* ². Porque en verdad, ¿qué podemos oponer á este estado de cosas? Se puede resistir á la violencia y fuerza declarada; pero ¿qué se podrá oponer á esas armas invisibles de la indiferencia y el desprecio, que rehusan toda especie de lucha? ¿cómo desalojaremos á la impiedad de este último puesto, donde fatigada de los combates ha venido á atrincherarse últimamente? Se conocen bien los remedios para las enfermedades corporales; pero ¿quién encontrará remedio á esta enfermedad epidémica de los espíritus? Se puede saber cómo se cura un enfermo que desea la salud; pero ¿por dónde empuzaremos la de aquel que no quiere sanar, y ni sabe siquiera si está enfermo, y que á las puertas mismas de la muerte tiene toda la confianza y seguridad de la salud? ¿quién le sanará? Sabemos cómo, y de qué manera se puede refutar un error ó defender un dogma; mas ¿qué refutacion queda que hacer, ó qué instruccion que dar cuando se duda de todo, y el primer dogma es despreciar

¹ Joan. xviii, 37, 38. — ² Mich. i, 9.

» todos los dogmas? Conocemos el freno que se puede poner al fanatismo religioso, pues que la Religion misma le señala; pero ¿qué arbitrio hay para contener el fanatismo filosófico? ¿dónde estará su contrapeso? y ¿cómo hacer oír la razon á unos hombres que no tienen mas regla de verdad que su propia razon, y que al modo que aquellos fariseos locamente presuntuosos de que habla san Juan, nos dicen fria y dogmáticamente: nosotros somos sabios porque somos sabios, y vemos porque vemos: *quia videmus* ¹? En fin, podemos contener un torrente en su curso impetuoso; pero ¿quién moverá esas aguas cenagosas y estancadas de una corrupcion reflexiva que se complace en su reposo, y no conserva energia sino para la intriga y la avaricia? ¿quién las moverá? y ¿quién sino Dios por un milagro singular de su misericordia puede sacarnos de este entorpecimiento inexplicable que desconcierta á un tiempo las observaciones de los sabios, y la solicitud de los pastores; y de esta consuncion y postracion moral, contra las que nada pueden ni la fuerza de la razon, ni la vehemencia del zelo, ni el vigor de las leyes, ni la fuerza tampoco de las armas ² »

¡Estupor incomprendible el de los hombres de nuestros dias! Cuanto mas heridos se ven de la luz, mas se endurecen: cuanto mas esfuerzos hace la verdad para atraerlos á si, mas indiferentes son á la verdad. Mueran, pues, ya que quieren morir; pero quitémosles al menos toda excusa; hagamos patentes sus inconsecuencias y sinrazon; obliguémosles á avergonzarse del idolo á quien todo lo sacrifican, verdad, virtud, y hasta la misma vida.

¹ Joan. ix, 41.

² Carta pastoral del señor. Obispo de Troyes en la entrada en su diócesis, p. 11.

Lograremos este fin si demostramos que la indiferencia en materia de Religion, que se ensalza hoy como el último esfuerzo de la razon, y el mas precioso beneficio de la filosofía, es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos: y esperamos dar tanta evidencia á estas dos proposiciones, que aun los mismos que tuvieren el triste valor de negarlas, no lo tendrán para combatir las é impugnarlas con la fuerza del racionio.

Y desde luego, no hay cosa mas absurda que la indiferencia, porque razonablemente no se puede apoyar sino en estos dos principios, á saber: ó que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion, ó que nos es imposible descubrir una verdad que tanto nos importa conocer: dos principios que haremos ver son igualmente falsos que absurdos; manifestando además que todos los hombres en general y cada uno en particular tienen un medio seguro, fácil é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion, y discernir la verdadera.

Nada es mas funesto que la indiferencia, porque ella conduce directamente á todas las calamidades y á todos los crímenes; enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales; y en fin, es incompatible con el orden de la sociedad.

Por último, para quitar así á la pereza como á la ignorancia aun el mas ligero pretexto de tranquilizarse en este estado deplorable, omitiremos cuidadosamente toda discusion que suponga conocimientos extraños al comun de los hombres, de manera que la luz natural mas regular baste para que se lea con fruto este libro.

Tal vez algunas almas débiles, algunos espíritus ligeros no enteramente pervertidos, despues de haberse dejado arrastrar por lo que llaman *el movimiento del siglo*, penetradas de un justo horror á la vista del abismo adonde corren, se decidirán á exa-

minar seriamente lo que hasta aquí han menospreciado sin conocerlo. Esto es únicamente lo que les pedimos; no les decimos: *creed*, sino *examinad*.

Aunque la materia que nos proponemos no exige que se demuestre la verdad del cristianismo, con todo daremos pruebas suficientísimas para convencer á los incrédulos de buena fe. Acaso encuentren también aquí una instruccion mas ventajosa y útil que la que podrian sacar de una refutacion directa de sus errores; pero siempre y seguramente hallarán motivos bastantes que justifican, y aun imperiosamente mandan el examen que les empeñamos á emprender. ¡Quiera Dios se determinen á ello por la gloria de la verdad, y por su propio bien! Sea lo que fuere de su persuasion, estas dos cosas son inseparables: que no hay dicha ni felicidad sino en el seno de la verdad, porque no hay tranquilidad sino en ella. El error embriaga, la indiferencia adormece; pero ni una ni otra llenan el vacío del corazón. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fe; esto es lo que únicamente nos hemos propuesto, y si lo conseguimos de uno solo que sea, nos daremos por contentos, y nuestro trabajo está pagado con usuras.